

CAPITULO XV.

EL CALVARIO É INMOLACIÓN Y MARTIRIO.

En su ardiente caridad, Liduvina se ofrece á Dios como víctima para aplacar sus iras.—El mal de dientes.—El carnavales.—La peste.—Guerra civil.—Squidam amenazada por una flota enemiga; mas la virgen intercede.—Muéstrasele una corona.—Horrible martirio que le hacen padecer cuatro soldados.—Pronta y terrible justicia de Dios.

DESDE entonces Liduvina comulgaba cuantas veces quería gracias á las excelentes disposiciones de su pastor, y conviene decir que comulgaba con tanto gozo, y que el uso frecuente de la comunión desarrolló en ella una necesidad tan ardiente del pan de los ángeles, que no tardó en formar sus delicias de cada día.

Bajo la acción creadora de la comunión, es fácil conocer que bien pronto se vieron brillar con nuevo esplendor en el cielo de esta alma privilegiada, la resignación, la paciencia, la humildad, y para decirlo todo en una palabra, la divina caridad, ese santo amor de Dios y de los hombres que ya hemos admirado, y que fué elevado ahora hasta la más alta perfección, es decir, hasta la inmolución. Observemos primeramente, cómo la comunión, bien sea considerada en Dios que en ella se nos dá, bien sea en el hombre, cuando la recibe sin poner obstáculo á su acción, viene á ser el amor en su último término; y el último término del amor aquí en la tierra, es la abnegación llevada hasta el sufrimiento, en una palabra, la inmolución!

No bastaba pues, al corazón de Liduvina abrasado

con las inspiraciones de la comunión, el amor como lo había hecho hasta entonces, no era bastante para ella ni el padecer excesivamente, ni aun el aceptar con alegría y bendecir los dolores que Dios le mandaba; érale preciso el sufrimiento voluntario, tomado por elección y por abnegación; tanto á ella que comulgaba, como al Dios que se le daba en la comunión, les era precisa la inmolución por el amor!

Así, debemos creer que tal era el caracter especial y dominante de su vida moral, al cual la comunión dió su vuelo; y bastaría una mirada para convencernos de ello. Recordemos por un instante todas las llagas, las enfermedades maravillosas y atroces que torturan sin matar la delicada existencia de la virgen de Squidam; y al contemplar tan extraño espectáculo, decimos: "Vé aquí en qué estado se encuentra esta joven casi desde su infancia, y no obstante es pura é inocente! Por qué, pues, esos sufrimientos inauditos fenomenales? Cuál és, ó cuál puede ser su causa íntima? Evidentemente hay aquí de parte de Dios algún designio misterioso de expiación ó de enseñanza; y de parte de la peciente el sacrificio voluntario de sí misma; evidentemente la joven es una víctima que Dios ha escogido, una víctima que se ha ofrecido amorosamente para desagrarle, hé aquí á lo menos lo que proclama el buen sentido religioso, á vista de tanta inocencia y de tales castigos." Mas por otra parte, los hechos positivos vienen á cambiar en certidumbre nuestras conjeturas, y para probar el caracter de inmolución expiatoria de los dolores de nuestra santa, no tenemos mas que volver á su historia.

Muchas personas venían á suplicarle que les alcanzase una oración, ó el éxito de alguna empresa, y aun á veces ofrecía ella misma para las obras de caridad

el concurso de sus oraciones; mas las gracias que obtenía entonces á favor del prójimo, las pagaba casi siempre con un aumento de sufrimientos, y todos los que la trataban lo sabían perfectamente: reframos un ejemplo de ello.

Un día comenzó á oír unos gritos lamentables que parecían venir de la plaza pública. "Id á ver, dijo la santa á los que la acompañaban, cuál puede ser la causa de esos gritos." Volvieron diciéndole que era una pobre mujer atormentada por un mal de dientes tan terrible, que el dolor la sacaba fuera de sí, y la hacía dar aquellos alaridos. "Pues bien, respondió la compasiva virgen, yo quisiera ver á esa pobre mujer, rogadle que venga acá. Luego que estuvo cerca de su lecho, le dijo Liduvina "hermana mia, ¿queréis que os ayude en vuestros sufrimientos?" y cómo que lo quiero exclamó la pobre paciente esforzándose en sufocar sus gritos y gemidos. "Pero si queréis decir con esto que tomareis mi mal sobre vos, nó, nó Liduvina, no lo hagais, pues ya teneis tantas y tan crueles enfermedades! Mas si se trata simplemente de pedir á Dios que se digne aliviármelo, sí lo quiero y lo deseo con toda mi alma, y os lo agradecería toda mi vida."

Entonces la pobre crucificada se puso en oración; lo que pidió á su divino Esposo, todos lo comprendieron muy pronto; porque en el mismo instante la mujer se sintió de repente curada, y Liduvina no menos súbitamente sintió aquel horrible mal que le duró todo el día y toda la noche con tal violencia, que los que la veían padecer quedaban espantados. Mas esta inmólacion, esta misión de sacrificio por el sufrimiento, tenía además otro fin superior á todos los intereses fugitivos de esta vida; Liduvina había obtenido de Dios la gloriosa dicha de padecer por el bien de las almas; por la

salvación de sus conciudadanos y por él perdón de los pecadores.

Una tarde que Liduvina meditaba en los inefables dolores que había sufrido su amado Jesús en el Calvario, turbóla un gran tumulto que se oía por de fuera, y preguntando la causa, le dijeron que era el pueblo de Squidam que se entregaba á las locas alegrías del carnaval. Entonces la santa se puso á llorar con amargura, pensando en la ingratitud del pueblo cristiano, en las iniquidades y en los desórdenes sin número que en esos tristes días se cometen en todas partes; después levantando sus ojos hacia el cielo, bañados en lágrimas, exclamó: "Dios mio, Dios mio! vengad en mí esos crímenes con que os están ultrajando, y si es cierto que en vuestra misericordia aceptais mis dolores como una expiación, mostrádmelo enviándome en testimonio de ello, algún nuevo sufrimiento!" Apenas había acabado de decirlo, cuando un mal extraño venía como un rayo á quebrantar una de sus piernas: era un mal horrible á la vista, cuya súbita aparición llenó á los asistentes de horror, y bajo cuya acción nuestra dulce incurable, confesaba con franqueza no haber hasta entonces probado tormentos más horrosos.

Otras muchas veces se renovó en ella la prueba de ésta sangrienta misión. A medida que se identificaba más y más con su Dios por la comunión, se iba dilatando sin límites su generosa caridad, la santa oraba, intervenía y se arrojaba como una madre desolada entre los pecadores que llamaba sus hijos y Jesucristo ante quien hacía valer su título y derechos de esposa: llegaba, según dicen sus historiadores, hasta provocar á Dios á una nueva multiplicación de sufrimientos expiatorios en su persona. Y Dios se complacía en acep-

tar aquel reto sagrado. Siempre que su Majestad quería castigar á la Holanda, se había notado que Liduvina recibía los primeros golpes: muchas veces fué herida por la peste, y en una vez dos llagas pestilenciales, una de ellas en el cuello y otra en el corazón, le habían anunciado la presencia del terrible azote. «Dios mío, dijo entonces, perdonad á vuestro pueblo, mas á mí no me perdoneis! oh Dios mío! dos llagas no bastarán: yo quisiera todavía otras para aplacar vuestra justa ira y apartarla de vuestros hijos; por lo menos en honor de vuestra santa y adorable Trinidad, enviadme otra llaga más. Y en el acto, como una flecha que parte de un arco tendido, una tercera llaga vino á formarse en la mejilla de la virgen, permaneciendo allí hasta el fin de sus días, bien que en poco tiempo la sanó el Señor de las otras dos.

Por lo demás, era opinión constante y general que la vida de Liduvina era un sacrificio de expiación; todos tenían fé en su mediación dolorosa, y decían que la santa crucificada era ante Dios una poderosa protectora para la ciudad de Squidam, de lo cual en muchas críticas circunstancias tuvieron pruebas irrefragables. Una vez por ejemplo, la terrible guerra civil que arma al hermano contra el hermano, y al padre contra su hijo, se había declarado en toda la provincia. Y no solamente el partido que había defendido á Squidam estaba vencido, sino que el partido vencedor había jurado vengarse cruelmente y ya se aproximaba por el mar. Squidam debía perecer! El espanto llegaba á su colmo, y ya varios habitantes huían á las ciudades vecinas esperando encontrar allí menos peligros. Algunos consultaron sobre eso á Liduvina, quien les contestó: «no huyais, pues Dios me da confianza de que nuestra ciudad se salvará, y en ella estais más se-

guros que en otra parte.» Esto fué bastante; la esperanza se reanimó, y uno de los personajes más influyentes y de los más comprometidos, se volvió á la ciudad. «Para qué decía, el ir á buscar en otra parte un refugio? No tenemos aquí á la santa que ora y que padece por nosotros? Yo me vuelvo á mi casa, porque creo que ella sola puede salvarnos y en efecto nos salvará!»

Entre tanto la flota enemiga, siempre se iba acercando, y al pasar destruía las pequeñas ciudades del litoral: desde Squidam se veían inmensos torbellinos de humo que se elevaban hasta las nubes, como para anunciar á distancia que no dejaba á su paso mas que montones de cenizas y de ruinas. ¿Qué suerte pues estaba destinada á Squidam, principal fin de aquella expedición? Repentinamente un grito de horror señala los navíos. «Allí vienen! allí vienen! y veíaseles en efecto impelidos por un viento favorable, navegando á plenas velas: ya se distinguían y podrían contarse sus numerosos hombres de guerra. . . . La cosa es inevitable! Squidam toca á su última hora. . . . Mas nó! He aquí que aquellos navíos derrepente se detienen. . . . En vano el viento continúa soplando propicio: en vano los marineros y los soldados se ponen á la maniobra y hacer esfuerzos inauditos. Inútiles esfuerzos! pues las naves en vez de avanzar, van retrocediendo. . . . Era que la virgen triunfaba! El desembarco fué milagrosamente imposible; Squidam se había salvado. La nueva Judit había vencido como en Betulia, por la oración y la abnegación.

Y no obstante, toda esa abnegación, digámoslo en fin, toda esa vida de inmólación por la patria, como por todo pobre pecador, en una palabra, toda esa crucifixión voluntaria, eran aun poco á los ojos de Liduvina, que deseaba más grandes sufrimientos; hacía

muchos años que una secreta ambición se ocultaba en su corazón, y que el amor tomado en el seno del Dios de la Eucaristía, había ensanchado sin medida aquella ambición que en la época á que llegamos había terminado por invadir su alma entera cavando en ella como un abismo insaciable; esa era la ambición del martirio! La santa codiciaba una inmólación total y perpetua como la de los héroes de la fé. Una narración de martirios, un sólo recuerdo, el nombre sólo de los mártires, la lanzaba en transportes inexplicables. "Ay! qué hermoso triunfo! decía, cuán digna de envidia es la suerte de esos cristianos cuya fé no ha podido vencer, ni quebrantar su esperanza, ni hacer vacilar su amor la mano de los verdugos! Oh legiones de héroes magnánimos! Ojalá y pudiese yo encontrar un lugar entre vosotros, tomando parte en vuestros combates!

Un día fué favorecida con esta visión: miraba suspendida sobre su cabeza una espléndida corona, adornada con diamantes muy ricos, y con magníficas pedrerías; solamente que esa corona aunque tan hermosa, no estaba acabada todavía. Liduvina, le dijeron, ésta corona es para tí. Todas las pedrerías, y los diamantes que la adornan son tus sufrimientos: mas aunque ves como aun falta un florón que es el más hermoso, tal vez á tí te toca colocarlo en tu corona. Y todo desapareció. La piadosa virgen quedó por un momento deslumbrada: mas la alegría, el reconocimiento y el amor llenaron á poco su alma de los más santos afectos. "Dios mio, exclamaba, seais mil veces bendito, por las promesas que me haceis, así como por las esperanzas que me dais! Qué ha hecho vuestra indigna sierva para merecer tan brillante corona? Qué son mis padecimientos, comparados con los vuestros, Jesús mio? son como una gota de agua comparada con un oceano

sin fondo! yo no padezco mas que en mi cuerpo, cuando Vos, amado mio, habeis padecido tanto en vuestro espíritu, en vuestro corazón, en vuestra libertad y en vuestra gloria. ¿No sería tiempo ya para mí de marchar por las huellas de vuestros pasos? Oh! yo desearía la humillación, los desprecios, los ultrajes, las persecuciones, los odios y los verdugos! Oh! sí, yo quiero el martirio: otorgadme mi dulce Esposo, por indigna que yo sea; otorgadme por vuestro amor la gracia y la fortaleza del martirio!"

Santa oración, humilde y amorosa! vamos á ver cómo Dios se dignó al fin escucharla.

En el año de 1425, en el mes de Octubre, es decir cuando Liduvina había llegado á los 46 años, Felipe, duque de Borgoña, como arriba decíamos, entró en Squidam á la cabeza de su ejército: El mismo dia en que ese Príncipe debía dejar la ciudad, pocas horas antes de su partida, cuatro soldados del ejército, de los mas desordenados, formaron entre sí, después de una orgía, un siniestro proyecto. Vamos á ver, dijeron, á esa famosa virgen á quien tanto veneran, y que dicen vive como un ángel sin comer ni beber nunca, y sin mas alimento que la Eucaristía. . . . Santa es esa que en nada se nos parece! Vamos á venerarla á nuestro modo, pues la ocasión es buena, ya nos reiremos un poco. . . . sí, vamos! y partieron en efecto.

Llegando á la humilde morada se presentaron con mucha hipocresía y falsa dulzura, pues venían según decían con tan piadosas intenciones, que en el acto y sin desconfianza se les admitió dejándolos solos cerca de la enferma, saliendo sus deudos á los quehaceres de fuera. Desgraciadamente esto era lo que deseaban los soldados! porque apenas se ven casi solos, cuando cerrando la puerta del aposento echan la llave, vuelven

cerca del lecho, y comienza la mas horrorosa y lamentable escena.

Ante todo, abren ó mas bien arrancan violentamente las cortinas que cubren el pobre lecho de Liduvina, y hecho esto, al ver á la santa, salúdanla con ruidosas carcajadas, mezcladas con burlas insolentes y con mil injurias que sazonan el libertinage y la impiedad.

Después, uno de los soldados encendiendo una luz, la acerca al rostro de la pobre crucificada, la pasa y la vuelve á pasar aun mucho tiempo delante de esos ojos enfermos á los que la menor luz causa un dolor intolerable! Lágrimas de sangre corren de aquellos ojos lastimados, y las cuatro bestias feroces renuevan á su placer esta sangrienta prueba, volviendo á comenzar cada vez sus burlas impías y sus sacrílegos insultos á la castidad de la virgen y á su amor por Jesucristo.

Mas todo esto aun no les basta, dicese que el tigre cuanta mas sangre bebe, tanta mas necesidad siente de beber; así parece que las lágrimas sangrientas de la enferma embriagan á sus verdugos, y los llevan al furor, irritando mas y mas su salvaje crueldad. También ellos sintieron necesidad de herir mas y de mas desgarrar en odio del Dios á quien sirve á aquella víctima, á quien tantas injurias no llegan á alterar. Así, con sacrílega mano cogen y arrancan sábanas y cobijas. . . .! oh monstruos, deteneos! exclama en este instante una voz. . . . Los monstruos no estaban solos, pues estaba cerca de ellos una joven, casi una niña, que era Petronila, sobrina de nuestra virgen, la cual hasta entonces no había opuesto á tantos insultos mas que las súplicas y las lágrimas de su timidez. Mas cuando vió el ultrage supremo, hecho á su amada tía, á una mujer, á una santa, la joven había encontrado repentinamente en su corazón esa energía que

la mujer mas débil, noblemente indignada, encuentra siempre en tales ocasiones. Como una leona se arrojó entre la víctima y sus horribles verdugos, mas ay! inútil valor! De un puntapie, uno de aquellos malvados la arrojó contra un escabel que se apoyaba en la pared, y cerca del cual cayó casi moribunda; la pobre niña quedaba horriblemente herida por todo el resto de su vida.

Libres entonces los monstruos de figura humana, satisfacen á su placer su sed de sangre con una rabia que no se comprende, no quieren mas que sus manos por instrumentos del suplicio, y sin repugnancia á la vista de aquel cuerpo horriblemente cubierto de llagas, ponéanse á desgarrarle, cuya atroz tarea era muy fácil, pues la pobre mártir estaba allí bajo su mirada impía, estendida en su lecho de paja, incapaz no sólo de oponer la menor resistencia, sino ni aun de hacer el mas ligero movimiento; tocan con brutalidad las antiguas llagas y se hacen un espantoso juego de irritarlas mas y mas. Las carnes hinchadas por la hidropesía, las hieren y lastiman: y en tres partes, á los golpes que les dan, aquellas virginales carnes se abren y se forman tres anchas heridas: la sangre corre con abundancia, y esta es señal para los crueles verdugos de nuevas carcajadas, y de las mas abominables blasfemias.

Entre tanto, la santa sufre con heroica paciencia: ni hace un reproche ni exhala una sola queja, pues la sola vez que abre la boca es la caridad por sus perseguidores, la que la hace romper el silencio. "Ah! vosotros estais cometiendo un gran crimen, les dijo, y cómo os espondeis á una horrible desgracia: temed los juicios de Dios y tened compasión de vuestras almas!" Mas estas palabras, dieron ocasión á tal explosión de im-

piudades y de injurias, que la admirable virgen ya no pensó mas que en la dicha de padecer en silencio por su divino Esposo. Los malvados pensaron que era prudente terminar ese terrible drama; y quién lo creyera? antes de salir, en aquel mismo aposento, y al lado de las dos víctimas de su impía crueldad, toman agua como Pilatos y se lavan tranquilamente las manos manchadas de sangre, y parece que dicen: ¿no hemos hecho una magnífica hazaña? Después, riéndose, burlándose y blasfemando siempre, se marchan.

¿Cuánto tiempo tardarían los deudos de la santa en venir? y al entrar qué espectáculo se presentaría á su vista? Petronila tendida en tierra, casi muerta, las cortinas arrancadas, el lecho en desorden, Liduvina horrosamente herida y bañada en sangre. . . . casi dos cadáveres! las piadosas mujeres lanzaron gritos de horror! y llorando se apresuran á dar á las dos mártires los socorros que reclamaba su estado, sin pensar en los autores del crimen. Petronila fué tiernamente cuidada, y muy pronto vendaron las heridas de Liduvina, quitándole las pajas ensangrentadas de su lecho. Cuán amargas lágrimas derramaron en esos diversos cuidados que ocuparon el resto del dia!

Entre tanto, el Príncipe, el ejército y también los cuatro malvados habían partido, y nada de esto se había sabido. Mas pronto el ruido del atentado comenzaba á divulgarse. En un momento súpolo la ciudad entera, y no hubo mas que un inmenso grito de indignación y de ira. Los magistrados acudieron á Liduvina, le dijeron, inmediatamente vamos á partir: esta tarde ó mañana alcanzamos al Príncipe, que es justo y generoso, y nos hará justicia!—Guardaos de hacerlo, dijo la santa, nó, no quiero más venganza, yo les perdono con toda mi alma; y además, añadió con un

triste suspiro, todo sería en vano, pues Dios mismo en su severidad ha pronunciado ya el castigo de esos infortunados! Lo que la santa decía era muy cierto; en esa misma tarde en el puerto de Rotterdam y en el instante en que los navíos que llevaban las tropas que partían de Squidam hacían su entrada, en uno de esos navíos pasaba un acontecimiento terrible. Vieron á un hombre como arrebatado repentinamente por un torbellino horroroso, que lo levantaba y lo arrojaba con nuevo furor sobre las tablas del navío, quebrándole la cabeza hasta salir los sesos, y en fin levantándole de nuevo, le precipitó en las olas, de donde no sacaron mas que un cadáver horriblemente mutilado. Este era uno de los cuatro miserables, y precisamente aquel que había pasado una llama delante de los ojos de la virgen!

Unos dias después llegó su turno á otro de los culpables; pues en plena mar fué atacado de una locura furiosa, inspirando horror su vista: sus violencias causaban espanto, y viéronse precisados á arrojarlo en una chalupa que le llevó á la tierra de Zelanda en donde murió de miseria.

Poco después el tercero, tuvo una muerte atroz en un combate contra los Ingleses.

Quedaba sólo el cuarto; ya habían pasado tres meses, y parecía que Dios quería usar de misericordia con él, mas por fin, también fué atacado de una terrible enfermedad. "Acordaos, le dijo su doméstico, acordaos de los ultrajes que hicísteis á la virgen de Squidam con vuestros cómplices, á quienes Dios ha castigado ya! El médico no os puede curar, y no teneis mas refugio que el arrepentimiento; arrepentíos, pues." Esta santa libertad hizo un milagro, el hombre de corazón de bronce se conmovió, sus lágrimas corrieron, y suplicó

á su criado con las manos juntas, que fuese él mismo á Squidam á implorar su perdón; el piadoso criado em-
prendió tan largo viage, llega á ver á la santa, y se
echa á llorar á sus pies. No es menester decir que la
dulce virgen se consideró dichosa en perdonar, y mas
dichosa en volver la salud al que tanto la había he-
cho padecer; y así el criado volvió llevando el perdón
y la salud á su amo.

Mas volvamos á nuestra narración interrumpida
por un momento. En la noche que siguió á la terrible
prueba que hemos referido, estando sólo Liduvina, se
le apareció un ángel tan hermoso, que hubiérase dicho
que tenía por vestido todas las magnificencias del sol;
en sus lábios se veía una divina sonrisa: "Yo te salu-
do, mi amada hermana, le dijo á la virgen: tu alegría
debe ser grande, y vengo á regocijarme contigo, por
que ya está terminada la corona que te han prometi-
do; ya no le falta ni pedrería ni diamantes, pues los
insultos y las crueldades de los soldados han acabado
su esplendor! ¡Oh dichosa esposa del Dios de la cruz,
ya desde hoy quedarás asociada á los mártires, y en
medio de ellos tendrás un dia tu trono: no envidies ya
su gloria! Ellos han dado su sangre por la verdad, y
tú has derramado la tuya por amor! Ellos han muer-
to una sólo vez durante la persecución, de mano de
los infieles y paganos; mas tú, quebrantada hace mas
de treinta años, bajo los golpes del martillo divino,
has sufrido todos los dias una cruel muerte de todos
los instantes, y hoy, como en los gloriosos tiempos de
la primitiva Iglesia, en odio de Jesucristo y por la
mano misma de los cristianos tus hermanos, ha sido
tu sangre derramada. Sí, tú recibirás la palma del
martirio. Abre pues tu alma á la confianza y regoci-
jate, hermana mia!"

Consolémonos al pensar que el acto mas sen-
cillo de virtud, es también una inmoliación de
nosotros mismos; y que la inmoliación á los
hombres, al deber y al Señor, es un verdadero
martirio!

CAPITULO XVI.

EL TAVOR, Ó EL DÓN DE LOS MILAGROS.

*Y bien, vamos al Médico supremo.—Una poca de agua arro-
ja la gangrena.—Una madre y su hijo en la agonía.—
Admirable conversión de un pecador que solicita tocar la
mano de Liduvina.—La santa ora por un Canónigo que
desea avanzar en el bien.—Un hombre toma su defensa en
una taberna y su admirable recompensa.*

DIOS es admirablemente bueno. Después del Calva-
rio, encontramos el Tavor; después de la inmoliación,
la dicha; después del humilde fervor de la comunión
en la tierra, ya como una santa anticipación de las
alegrías de la comunión en el cielo!

En efecto: Liduvina había adelantado mucho por
el sufrimiento, á fuerza de amor fiel y de generoso
valor en la imitación del Dios crucificado, se había ele-
vado de enmedio de sus dolores y de sus tristes llagas
á una perfección á la cual llega difícilmente la natu-
raleza humana: y Dios para recompensarla, iba á
transportarla en cierto modo mas allá de las regiones
de esta vida terrestre, elevándola hasta la gloria de
una vida sobrenatural y casi divina, iba á coronar
tanta santidad por las operaciones magníficas de su